

Gracias por Llamar

Por Ana Mara Abadie

Juan amaba a María. La amaba con pasión y sin medida. Amaba su risa, sus suaves modales y su andar seguro. Admiraba su rapidez de decisiones y su libertad. Se quedaba asombrado de lo que sabía María, de la lucidez de sus pensamientos y de la profundidad de sus reflexiones.

María era un espíritu libre, acostumbrada a ir y venir por donde quisiera. Hacía tiempo que estaba sola pero casi no lo notaba. Tenía muchos amigos y siempre encontraba nuevas actividades. Sólo a veces se daba cuenta de lo necesitada que estaba de cariño. Había decidido que era mejor no pensar y seguir adelante. Asistía a cursos y seminarios, caminaba y se inventaba excursiones y visitas a sus conocidos. Siempre descubría nuevos rincones de la ciudad que eran agradables de recorrer y transformaba hábilmente con sus manos trozos de papel que convertía en alegres pajaritas de colores.

Juan sorbía cada palabra que decía María, sus chistes y sus pensamientos. Durante mucho tiempo se limitó a observarla. Era un hombre gris que nunca se había destacado por nada. Secretamente envidiaba a María.

Poco a poco fue abordándola con pequeñas atenciones que atrajeron a María. Esas atenciones le hicieron creer que era valiosa para alguien. Así se enamoró de Juan. Juan fue tomando lentamente posición.

¿Qué necesitas? ¿Una lapicera? No, dejá. Vos quedate. Yo salgo y te la compro ¿Tenés frío? No te muevas, yo prendo la estufa. ¿Tenés que ir al banco? Yo me hago cargo ¿Vas a ir al curso con este día? ¿Por qué no te quedas en casa conmigo? ¿A esos llamás tus amigos? No te quieren. Nadie te quiere como yo.

María se sentía mimada y quería encontrar cariño en las atenciones de Juan. Juan cubría sus necesidades y ella por fin se abandonaba a sus cuidados. Le hacía tanto bien. Lo necesitaba tanto. Era como cuando le lavaban la cabeza en la peluquería. Chorros suaves de agua tibia y masajes serviciales que la adormecían.

¿Me habrá llamado mientras no estaba? ¿Qué podríamos hacer ahora? Mejor voy rápido para casa ¿Y si hoy faltó? Juan me ha de estar esperando. ¿Ese vestido te vas a poner? No mejor ponete este otro. Vos sos siempre la que hablás ¿Por qué no dejás hablar a los demás?

Fue muy tarde cuando una mañana descubrió que una de sus piernas no funcionaba. Juan solícito le alcanzaba las cosas a la cama. Lentamente sus manos se empezaron a atrofiar y yacían perfectas junto a su cuerpo. La otra

pierna también murió. Moría su cuerpo y desaparecía. Sus piernas lentamente se fueron convirtiendo en dos pequeñas prolongaciones de su tronco.

Ya no había ni cursos ni seminarios ni largos paseos. A Juan no le gustaba caminar. No había pajaritas de colores ni intelectuales conversaciones. Dejame escuchar el partido ¿Para qué querés arreglar el mundo si no tiene arreglo?

Sus manos y sus brazos subieron hasta quedar a la altura del hombro y sólo servían para sostener las mangas de los bellos vestidos. Juan la cargaba en brazos y la acomodaba como a un bebé. Peinaba su cabello, cocinaba delicados manjares para ella y hasta se había obstinado en prepararle circuelas pasa que ella detestaba. ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué no las comes? Si a mi me gustan tanto....Y las preparé con tanto cuidado para vos...Dale, hacé un esfuerzo....¿Querés cambiar de posición? Dejá, yo te acomodo.

La voz de María subía lentamente desde sus entrañas hasta su garganta. La recorría en gritos de desesperación y se ahogaba en un suspiro. Se sentía atrapada en una telaraña que años de soledad le habían construido. Era una princesa presa de su propia necesidad de cariño. Dependía. No recordaba como había caído en su propia trampa. Su vida se había convertido en un continuo requerir. Una muñeca inmóvil en una jaula de sedas para sentirse amada. Juan le brindaba todos los placeres, todos los placeres de Juan. Sus pensamientos, ahora débiles y erráticos, se encontraban apelonados en su cerebro. Como los agujeros negros del espacio formaban una masa compacta imposible de articularse, de gritar. Vagaba en círculos mentales, a la deriva. El teléfono sonaba y le llegaban fragmentos de la conversación. No, si está bien. Mejor no vengas que la pones triste. Yo me ocupo de decirle. Gracias por llamar.